

Introducción

Representación social: un término que actualmente encontramos en todas las ciencias sociales, mucho después de que S. Moscovici (1961) hubiese reanudado con el empleo de este «concepto olvidado» de Durkheim.

Pero también constituye la designación de fenómenos múltiples que se observan y estudian a variados niveles de complejidad, individuales y colectivos, psicológicos y sociales. Y además, una nueva unidad de enfoque, fecunda para la psicología social, prometedora para las otras ciencias sociales.

En efecto, desde hace veinte años se constituyó un campo de investigación en torno a este concepto, con sus objetos y su marco teórico específicos. Esto sucede a menudo en la ciencia. Primero aparece un concepto y se dice lo que *es*: átomo de materia, gene hereditario. Luego se observa *cómo está hecho* y *lo que hace*: átomo formado por un núcleo y electrones, gene de doble hélice y así sucesivamente. Pero para ver cómo está hecho y lo que hace es necesario adelantar una teoría, por rudimentaria que sea, es decir, pasar del concepto a la teoría. Dicho movimiento se observa en el campo que nos interesa. Al prolongar los primeros esbozos de elaboración, la reflexión tiende hacia la teoría.

Hablemos ahora de otro hecho histórico. A menudo se establece un concepto en una ciencia y la teoría es elaborada dentro de otra ciencia. La noción de gene nació, como lo indica su nombre, en la genética y su teoría en la biología molecular. Lo mismo sucede con la representación social. El concepto de representación social —o más bien, colectiva— aparece en sociología, ciencia en la que sufre un largo eclipse. Pero su teoría va a ser esbozada en psicología social (S. Moscovici, 1961, 1976), no sin antes haber realizado una desviación por la psicología infantil (J. Piaget, 1926).

Partiendo de la noción de representación social intentaremos presentar las líneas principales de esta teoría. Pero antes, algunos ejemplos para ilustrar la variedad de los fenómenos con que se relaciona.

A. De los fenómenos representativos a la noción de representación social

— En una situación experimental (J. C. Abric, 1971), varios grupos de sujetos deben llevar a cabo dos tipos de tareas, precisando cada una de ellas una diferente estructura de comunicación: la tarea de resolución de problema reclama una estructura jerárquica y la tarea de creatividad exige una estructura no jerárquica. En la experiencia que nos interesa, el simple hecho de que el experimentador haga intervenir una definición de la tarea que sea o no congruente con su naturaleza (en este caso, provoca la idea de que la tarea consiste en resolver un problema, cuando realmente se trata de una prueba de creatividad y viceversa), basta para afectar el nivel de rendimiento de los grupos y para implicar diferentes procedimientos cognitivos y diversas comunicaciones. Los sujetos comprenden e interpretan de manera diferente la situación en que se encuentran y no se comportan de manera similar ante un procedimiento que se mantiene idéntico. Su rendimiento es mayor cuando su representación concuerda con el ejercicio que deben realizar y menor cuando no concuerda con él; los sujetos se organizan según su representación: de forma jerárquica cuando la tarea de creatividad es vista como resolución de problema y de forma no jerárquica cuando la tarea de resolución de problema es vista como tarea de creatividad. Por último, ante una tarea de creatividad presentada como resolución de problema, hacen intervenir procesos cognitivos adaptados a este tipo de prueba: mayor control de la producción y menor riqueza cuantitativamente y menor originalidad cualitativamente.

La representación que elabora un grupo sobre lo que debe llevar a cabo, define objetivos y procedimientos específicos para sus miembros. Aquí descubrimos una primera forma de representación social: la elaboración por parte de una colectividad, bajo inducción social, de una concepción de la tarea que no toma en consideración la realidad de su estructura funcional. Esta representación incide directamente sobre el comportamiento social y la organización del grupo y llega a modificar el propio funcionamiento cognitivo.

— En una encuesta sobre la imagen de París (S. Milgram, D. Jodelet, 1976), las evaluaciones de los barrios («*arrondissements*») desde un punto de vista de preferencia, conocimiento, elección o rechazo residencial, del tipo de actividad y población que se observa en ellos, ponen de manifiesto una división del espacio urbano entre un núcleo y un cinturón históricos.

Antes que nada surge un núcleo central donde se cristaliza un fantasma primigenio, la cuna, las raíces de la ciudad: todo lo positivo se concentra en los barrios del nacimiento de la urbe. Luego, una corona, hoy inexistente, el «mur des Fermiers généraux», demolido en 1859. Este último deja en la memoria colectiva la huella de un ordenamiento social, realizado por el barón Haussmann, que implicó el desplazamiento de las capas populares hacia los límites de la periferia, estableciendo una segregación humana y residencial que aún está muy presente en las imágenes sociales del París actual. La estructuración urbana reposa sobre una base imaginaria y simbólica que incide sobre la manera con que los parisinos viven su ciudad. Esta organización del espacio mediante su historia organiza la percepción de los diferentes barrios en una representación socio-espacial ampliamente compartida.

Es hacia el norte y el este que serán rechazados los pobres y, sobre todo, los inmigrantes de todo tipo. No se carece de imaginación para ponerles nombres despectivos. Así vemos aparecer una nueva clase de inmigrantes: los «Porto-crouilles». Un neologismo espontáneo que crea una imagen, que por sí solo resume toda la evolución de la inmigración y engloba en el mismo desprecio a toda la mano de obra extranjera. Esta reducción identifica a los portugueses (designados a partir de un término genérico, inspirado en el nombre de un producto conocido, emblema de Portugal: el Porto-Cruz), y a los árabes (que en argot también son denominados «crouillas»; recordemos al célebre héroe de Queneau «Crouilla-bey-sidi-mouillemínche» de *Pierrot mon ami*). Esta categorización de los portugueses indica que sustituyen a los árabes en un cierto status social, y que se asimila a ambos en un mismo grupo. Representación social que condensa en una imagen cosificante historia, relaciones sociales y prejuicios.

— Marzo de 1983. El gobierno anuncia medidas de rigor económico. Una de ellas moviliza especialmente la atención del público: la instauración de un carnet de cambio de divisas y la limitación del dinero que puede transferirse al extranjero para las vacaciones. La opinión se divide. Aparecen diversas posiciones en el discurso público. Entre otras, algunos denuncian que la medida constituye un atentado contra las libertades individuales, mencionando a este propósito el aislamiento de los países del Este, el monopolio de la agencia soviética «Intourist», etc. Otros se congratulan de la reacción de los franceses que denotaría un cambio de mentalidad: ahora se preocupan menos del «tener» que del «ser», ya que han demostrado ser menos sensibles a los nuevos impuestos que a la restricción de las posibilidades de enriquecimiento que ofrecen las vacaciones en el extranjero. Más deseosos de consumir ocio que de acumular capital, los franceses han optado por la felicidad presente, cosa que vale más que una promesa de herencia para la de sus hijos en el futuro. También aquí encontramos representaciones sociales: un mismo hecho es situado y analizado dentro de dos marcos de referencia,

a su vez articulados a una percepción ideológica. El empleo de una contextualización histórica de tipo político o sociológico cambia el significado y la gravedad que se presta a la medida en cuestión y produce diferentes reacciones. Representaciones que transmitirán los medios de comunicación social, modificando la respuesta del público según sus expectativas y deseos.

— Un artículo del *International Herald Tribune* comentaba en 1979 la decisión de la Sociedad Americana de Psiquiatría de sustituir los términos de «neurosis» y «neurótico» por la designación de «desórdenes» específicos. Para el periodista, el abandono de estos términos por parte de la comunidad científica repercutirá en el empleo corriente y, así, es la posición de cada uno respecto a las personas que son calificadas de «neuróticas» la que es cuestionada. Por sus implicaciones, esta categoría representa, cuando es empleada, una actitud de excusa, un acto de comprensión, un deseo de ajustarse a aquellas personas que no dominan completamente lo que les sucede. Y el periodista añade: decir que alguien tiene un «desorden» equivale a la misma actitud que adoptamos al descubrir una avería en nuestro automóvil; ya no se trata de una excusa ni de compasión, sino de una exigencia de reparación a fin de reducir el desorden y adaptar socialmente al paciente. Cuestión que no carece de consecuencias para la propia estima. La sociedad concede al neurótico un lugar honorable y, en ocasiones, deseable entre el psicótico y el hombre normal, pero no reserva ese mismo sitio para aquellos que sufren de «desórdenes» debidamente especificados.

El hombre de la calle utiliza una palabra de diccionario para clasificar a los individuos. Esta palabra, que conlleva en estado latente una teoría sobre su naturaleza y la de sus actos, se convierte en parte integrante de nuestra cultura. Representación social que esta palabra, importada del conocimiento erudito, inyecta en el lenguaje cotidiano hasta convertirse en categoría del sentido común, en instrumento para comprender al otro, para saber cómo conducirnos ante él e, incluso, para asignarle un lugar en la sociedad.

La noción de representación social

En tanto que fenómenos, las representaciones sociales se presentan bajo formas variadas, más o menos complejas. Imágenes que condensan un conjunto de significados; sistemas de referencia que nos permiten interpretar lo que nos sucede, e incluso, dar un sentido a lo inesperado; categorías que sirven para clasificar las circunstancias, los fenómenos y a los individuos con quienes tenemos algo que ver; teorías que permiten establecer hechos sobre ellos. Y a menudo, cuando se les comprende dentro de la realidad concreta de nuestra vida social, las representaciones sociales son todo ello junto.

Pero en los ejemplos que hemos citado, pasando del laboratorio a con-

textos sociales o históricos, de datos recopilados mediante procedimientos codificados al análisis de los discursos institucionales o espontáneos, vemos perfectamente que siempre se trata de lo mismo. A saber: una manera de interpretar y de pensar nuestra realidad cotidiana, una *forma de conocimiento social*. Y correlativamente, la actividad mental desplegada por individuos y grupos a fin de fijar su posición en relación con situaciones, acontecimientos, objetos y comunicaciones que les conciernen. Lo social interviene ahí de varias maneras: a través del contexto concreto en que se sitúan los individuos y los grupos; a través de la comunicación que se establece entre ellos; a través de los marcos de aprehensión que proporciona su bagaje cultural; a través de los códigos, valores e ideologías relacionados con las posiciones y pertenencias sociales específicas.

Así pues, la noción de representación social nos sitúa en el punto donde se intersectan lo psicológico y lo social. Antes que nada concierne a la manera cómo nosotros, sujetos sociales, aprehendemos los acontecimientos de la vida diaria, las características de nuestro medio ambiente, las informaciones que en él circulan, a las personas de nuestro entorno próximo o lejano. En pocas palabras, el conocimiento «espontáneo», «ingenuo» que tanto interesa en la actualidad a las ciencias sociales, ese que habitualmente se denomina *conocimiento de sentido común*, o bien *pensamiento natural*, por oposición al pensamiento científico. Este conocimiento se constituye a partir de nuestras experiencias, pero también de las informaciones, conocimientos, y modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social. De este modo, este conocimiento es, en muchos aspectos, un *conocimiento socialmente elaborado y compartido*. Bajo sus múltiples aspectos intenta dominar esencialmente nuestro entorno, comprender y explicar los hechos e ideas que pueblan nuestro universo de vida o que surgen en él, actuar sobre y con otras personas, situarnos respecto a ellas, responder a las preguntas que nos plantea el mundo, saber lo que significan los descubrimientos de la ciencia y el devenir histórico para la conducta de nuestra vida, etc. En otros términos, se trata de un *conocimiento práctico*. Al dar sentido, dentro de un incesante movimiento social, a acontecimientos y actos que terminan por sernos habituales, este conocimiento forja las evidencias de nuestra realidad consensual, participa en la *construcción social de nuestra realidad*, para emplear una expresión de quienes lo han elevado a la dignidad de objeto de una nueva sociología del conocimiento (P. L. Berger y T. Luckman, 1966).

En 1961, S. Moscovici considera que este mismo conocimiento constituye el eje central de una psicología del conocimiento. Producción mental social, como la ciencia, el mito, la religión y la ideología, se distingue de ellos, no obstante, por sus modos de elaboración y funcionamiento en sociedades caracterizadas, como la nuestra, por el pluralismo de las doctrinas y las ideas, el aislamiento y el esoterismo de la ciencia, la movilidad social, etc. Sus pa-

rentescos no van muy lejos con esos objetos parciales que son, en psicología social, las opiniones, actitudes, estereotipos e imágenes, a través de las cuales los modelos conductistas reducen el conocimiento a simples disposiciones de respuesta (J. Fodor, 1981).

El concepto de Durkheim recubría esta forma de pensamiento social sin circunscribirlo en su especificidad. Para explicarlo era necesario establecer un modelo que revelase los mecanismos psicológicos y sociales de su producción, sus operaciones y sus funciones. La obra *La psychanalyse, son image et son public* sigue siendo hasta el día de hoy la única tentativa sistemática y global en este sentido, como recuerda C. Herzlich (1972).

En efecto, si bien numerosos e interesantes trabajos se han inscrito en esta línea de preocupación, sobre todo desde hace una década, estos estudios han concentrado su atención, dentro de investigaciones experimentales o sobre el terreno, en aspectos específicos de las representaciones sociales, a menudo en respuesta a las preguntas teóricas que plantea este nuevo campo de exploración que se halla en perpetua tensión entre el polo psicológico y el polo social. Sin duda, el acuerdo tiene lugar en el hecho de que debe ser abordada como *el producto y el proceso de una elaboración psicológica y social de lo real*. Pero los fenómenos aislados, los mecanismos puestos de manifiesto se sitúan a diversos niveles que van desde lo individual hasta lo colectivo, dificultando así una comprensión global del pensamiento social.

Por otra parte, el hecho de que la representación social constituya una forma de conocimiento implica el riesgo de reducirla a un acontecimiento intraindividual, donde lo social tan sólo interviene de forma secundaria. El hecho de que se trate de una forma de pensamiento social entraña el peligro de diluirla en fenómenos culturales o ideológicos.

Sin embargo, en este campo de investigación que se halla en plena evolución, se obtienen resultados cuyo carácter convergente contribuye a esclarecer, en diversas relaciones, los fenómenos representativos. Estos resultados pueden alinearse dentro de un modelo teórico unitario que desarrolle el concepto de representación social, para la que proponemos la siguiente definición general: *El concepto de representación social designa una forma de conocimiento específico, el saber de sentido común, cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos y funcionales socialmente caracterizados. En sentido más amplio, designa una forma de pensamiento social.*

Las representaciones sociales constituyen modalidades de pensamiento práctico orientados hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material e ideal. En tanto que tales, presentan características específicas a nivel de organización de los contenidos, las operaciones mentales y la lógica.

La caracterización social de los contenidos o de los procesos de representación ha de referirse a las condiciones y a los contextos en los que surgen

las representaciones, a las comunicaciones mediante las que circulan y a las funciones a las que sirven dentro de la interacción con el mundo y los demás.

Aproximémonos un poco más a la manera cómo se abordarán estos objetos así definidos.

B. Elementos para acotar la noción de representación social

De los ejemplos que hemos dado se desprenden dos constataciones tan banales como necesarias. Por una parte, la representación social se define por un contenido: informaciones, imágenes, opiniones, actitudes, etc. Este contenido se relaciona con un objeto: un trabajo a realizar, un acontecimiento económico, un personaje social, etc. Por la otra, es la representación social de un sujeto (individuo, familia, grupo, clase, etc.), en relación con otro sujeto. De esta forma, la representación es tributaria de la posición que ocupan los sujetos en la sociedad, la economía, la cultura.

Por ello siempre debemos recordar esta pequeña idea: toda representación social es representación de algo y de alguien. Así, no es el duplicado de lo real, ni el duplicado de lo ideal, ni la parte subjetiva del objeto, ni la parte objetiva del sujeto. Sino que constituye el proceso por el cual se establece su *relación*. Sí, en el fondo de toda representación debemos buscar esta relación con el mundo y con las cosas. Antes de examinar los procesos a través de los cuales se constituye dicha relación, aún debemos añadir algunas precisiones.

Del hecho de representación...

El acto de representar por el que empezaremos constituye el nivel elemental para abordar la representación social. El acto de representación es un acto de pensamiento por medio del cual un sujeto se relaciona con un objeto. Pero a este propósito resulta imposible no mencionar las representaciones teatral y política. Estas pueden esclarecer, de forma metafórica, las características de la representación social.

Primero, por lo que respecta al acto. Representar es *sustituir a, estar en el lugar de*. En este sentido, la representación es el representante mental de algo: objeto, persona, acontecimiento, idea, etc. Por esta razón, la representación está emparentada con el símbolo, con el signo. Al igual que ellos, la representación remite a otra cosa. No existe ninguna representación social que no sea la de un objeto, aunque éste sea mítico o imaginario.

Por otra parte, representar es re-presentar, *hacer presente en la mente, en la conciencia*. En este sentido, la representación es la reproducción men-

tal de otra cosa: persona, objeto, acontecimiento material o psíquico, idea, etcétera.

En todos estos casos, en la representación tenemos el contenido mental concreto de un acto de pensamiento que restituye simbólicamente algo ausente, que aproxima algo lejano. Particularidad importante que garantiza a la representación su aptitud para *fusionar percepto y concepto* y su *carácter de imagen*.

Las metáforas teatral y política permiten avanzar en la comprensión del concepto, pues señalan aspectos fundamentales de la representación social: sus aspectos de significado, de creatividad, de autonomía. La representación teatral permite que un público vea actos y escuche palabras que hacen presente algo invisible: el destino, la muerte, el amor, la incomunicabilidad, etc. En la representación política, el elegido, el delegado, sustituye ante ciertas instancias a quienes lo han designado (el electorado, la base, etc.). Habla en su nombre, actúa en su lugar, decide por ellos. A través de ello se autonomiza de quienes representa y dispone de un poder creativo.

La representación mental, social, conlleva igualmente este *carácter significante*. No solamente restituye de modo simbólico algo ausente, sino que puede sustituir lo que está presente, como indica nuestro primer ejemplo. Siempre significa algo para alguien (para uno mismo o para otra persona) y hace que aparezca algo de quien la formula, su parte de interpretación, como en el caso del actor. Debido a ello, no es simple reproducción, sino *construcción* y conlleva en la comunicación una parte de *autonomía* y de *creación individual o colectiva*. Con las siguientes consecuencias:

1 / El aspecto de imagen, figurativo de la representación es inseparable de su aspecto significante: la estructura de cada representación, dice S. Moscovici, «aparece desdoblada, tiene dos caras tan poco dissociables como el anverso y el reverso de una hoja de papel: la cara figurativa y la cara simbólica.

figura

Decimos que: Representación = $\frac{\text{figura}}{\text{sentido}}$, lo que significa que la represen-

sentido

tación hace que a toda figura corresponda un sentido y a todo sentido corresponda una figura». Una de las personas interrogadas en una encuesta sobre la representación del cuerpo (D. Jodelet, 1976) designó al sexo femenino como «el tabernáculo sagrado de la vida», sin añadir nada más. Por esta imagen pasa todo un mundo de significados e ideas: la cavidad del útero restituida por «tabernáculo», objeto indisociable de una cultura religiosa; «sagrado» anuncia lo prohibido y «vida» la dedicación del sexo a la reproducción. Todo un programa y resulta evidente que pensar en tales términos tendrá una incidencia sobre la vida sexual.

2 / En contra de lo planteado por ciertas teorías psicológicas clásicas, la representación no es un puro reflejo del mundo exterior, una huella que

se imprime e integra mecánicamente en el espíritu. No es la reproducción pasiva de un exterior en un interior, concebidos como radicalmente distintos. Como podrían hacer pensar ciertos empleos de la noción de imagen que la asocian a la idea de «copia conforme», especie de «sensación mental», «átomo cognitivo». Los estudios sobre las representaciones sociales emplean el término imagen en un sentido totalmente diferente, ya sea como «figura», «conjunto figurativo», es decir, constelación de rasgos de carácter concreto, o bien en sus acepciones que hacen entrar en juego la intervención especificante de lo imaginario, individual o social, o de la imaginación. Además, en sus corrientes más recientes, la psicología cognitiva ha tenido que reflexionar sobre las distinciones que existen entre imagen y representación, y considerar a la imagen como una de las especies del género representación, junto a las representaciones de lenguaje y de relaciones (M. Denis, 1979).

3 / El propio concepto de representación social fue introducido en psicología social debido a las insuficiencias de los modelos clásicos, y en particular del modelo conductista, a fin de explicar nuestras interacciones significativas con el mundo (J. J. Franks, 1974). En su crítica de las nociones de imagen, opinión y actitud, S. Moscovici (1969) explica el fracaso de toda una tradición de investigación que pretendía predecir o cambiar los comportamientos, mediante el hecho de que la relación entre el sujeto y el objeto se reducía a una relación entre un estímulo y una respuesta, y se introducía una división entre el universo exterior y el universo interior. Ahora bien, según él, «el sujeto y el objeto no son congénitamente distintos» y «representarse algo es darse, conjunta e indiferenciadamente, el estímulo y la respuesta». «Este fenómeno es una característica de la interacción del sujeto y del objeto, que se enfrentan modificándose mutuamente sin cesar», como dice Piaget (1968).

4 / Esto implica que siempre haya una parte de actividad de construcción y de reconstrucción en el acto de representación. «Una vez en el terreno de la percepción», continúa Piaget, «el sujeto no es el simple teatro en cuyo escenario se interpretan piezas independientes de él y reguladas de antemano por las leyes de un equilibrio automático, sino el actor y, a menudo, incluso el autor de estas estructuraciones que él mismo ajusta a medida que se desarrollan». *A fortiori*, nos sentiríamos tentados a afirmar, cuando nos hallamos en el terreno de la representación, puesto que el sujeto considerado no es un organismo, sede de procesos psicobiológicos, sino un sujeto social, ya que su actividad es tanto simbólica como cognitiva. Pero aquí tenemos que dar un paso más y ver cómo el estudio de las representaciones sociales analiza en todas sus facetas este proceso de construcción de la realidad.

5 / Al decir que la representación tiene un carácter creativo y autónomo, no sólo nos situamos respecto al objeto. Volvamos a tomar la imagen del sexo-femenino-tabernáculo-sagrado-de-la-vida. Al expresarla, nuestra entre-

vistada no sólo buscaba un buen ejemplo, sustituyendo una designación anatómica que le molestaba por una imagen-modelo; expresaba también su propia relación con la sexualidad, pero para ello utilizaba elementos descriptivos y simbólicos proporcionados por la comunidad a la que pertenece, así como elementos normativos. El juego del simbolismo social se impone a nuestro sujeto, el cual, a su vez, la manipula con fines de expresión. En el caso de los «Porto-crouilles», la categorización es una construcción ficticia, pero contiene elementos que circulan en el medio cultural. En ambos casos, los elementos se imponen de cierta manera e influyen sobre los comportamientos.

Incluso en representaciones muy elementales tiene lugar todo un proceso de elaboración cognitiva y simbólica que orientará los comportamientos. Es en este sentido que la noción de representación constituye una innovación en relación con los otros modelos psicológicos, ya que relaciona los procesos simbólicos con las conductas. Pero a partir de ahí, también se puede presentar que las representaciones que circulan en la sociedad desempeñarán un papel, adquirirán autonomía y tendrán una eficacia específica.

En resumen, del análisis del hecho de representar se desprenden cinco características fundamentales de representación:

- siempre es la representación de un objeto;
- tiene un carácter de imagen y la propiedad de poder intercambiar lo sensible y la idea, la percepción y el concepto;
- tiene un carácter simbólico y significativo;
- tiene un carácter constructivo;
- tiene un carácter autónomo y creativo.

También se impone otra característica de importancia. Incluso cuando nos situamos a nivel social para analizar el acto del sujeto que se representa o representa un objeto, la representación siempre conlleva algo social: las categorías que la estructuran y expresan, categorías tomadas de un fondo común de cultura (como muestran los ejemplos del «tabernáculo» y del «Porto-crouille»). Estas categorías son categorías de lenguaje.

... a la construcción de una representación social

Con anterioridad ya hemos dicho que el paso dado en estos últimos años es el que va de un concepto a una teoría. A medida que ésta se precisa, se desarrollan los conocimientos y se cristaliza un campo de investigación, en cuyo interior se delimitan áreas específicas y se esbozan ópticas diferentes.

Estas ópticas constituyen diversas maneras de formular cómo se elabora

la construcción psicológica y social que es una representación social. Las principales son:

— Una primera óptica se limita a la actividad puramente cognitiva a través de la cual el sujeto construye su representación. La representación presenta dos dimensiones. Una dimensión de contexto: el sujeto se halla en situación de interacción social o ante un estímulo social y la representación aparece entonces como un caso de la cognición social, tal como es abordada por la psicología social. Una dimensión de pertenencia: siendo el sujeto un sujeto social, hace intervenir en su elaboración ideas, valores y modelos provenientes de su grupo de pertenencia o ideologías transmitidas dentro de la sociedad. Los estudios experimentales de la representación en sus relaciones con la conducta entran, en su mayoría, en esta óptica (J. C. Abric, 1971, 1972, 1982 *a* y *b*; E. Apfelbaum, 1967; J. P. Codol, 1969, 1970 *a* y *b*; C. Flament, 1971, 1979, etc.).

— Un segundo enfoque pone el acento sobre los aspectos significantes de la actividad representativa. Se considera que el sujeto es productor de sentido, que expresa en su representación el sentido que da a su experiencia en el mundo social. El carácter social de la representación se desprende de la utilización de sistemas de codificación e interpretación proporcionados por la sociedad o de la proyección de valores y aspiraciones sociales. En tal sentido, la representación también es considerada la expresión de una sociedad determinada.

Cuando es propia de sujetos que comparten una misma condición social o una misma experiencia social, la representación frecuentemente se relaciona con una dinámica que hace que intervenga lo imaginario. Situada en el cruce de las coacciones sociales que pesan sobre el individuo y de los deseos o carencias que hacen eco de ellas, la representación expresa y permite trascender sus contradicciones (C. Herzlich, 1969; M. J. Chombart de Lauwe, 1971, 1976; R. Kaes, 1968, 1976).

— Una tercera corriente trata la representación como una forma de discurso y desprende sus características de la práctica discursiva de sujetos situados en la sociedad. Sus propiedades sociales provienen de la situación de comunicación, de la pertenencia social de los sujetos que hablan y de la finalidad de su discurso (E. Lipiansky, 1979; U. Windisch, 1978, 1982).

— En la cuarta óptica es la práctica social del sujeto la que es tomada en consideración. Actor social inscrito en una posición o lugar social, el sujeto produce una representación que refleja las normas institucionales derivadas de su posición o las ideologías relacionadas con el lugar que ocupa (M. Gilly, 1980; M. Plon, 1972).

— Para el quinto punto de vista, el juego de las relaciones intergrupales determina la dinámica de las representaciones. El desarrollo de las interacciones entre los grupos modifica las representaciones que los miembros tienen de sí mismos, de su grupo, de los otros grupos y de sus miembros.

Moviliza una actividad representativa destinada a regular, anticipar y justificar las relaciones sociales así establecidas (J. P. Di Giacomo, 1980; W. Doise, 1972, 1979).

— Finalmente, una última perspectiva, más sociologizante y que hace del sujeto el portador de determinaciones sociales, basa la actividad representativa en la reproducción de los esquemas de pensamiento socialmente establecidos, de visiones estructuradas por ideologías dominantes o en el redoblamiento analógico de relaciones sociales (L. Boltanski, 1971; P. Bourdieu, 1980; J. Maître, 1975; P. Robert y C. Faugeron, 1978).

Estas ópticas se vuelven a encontrar —y en ocasiones coinciden— en el interior del campo de estudio de las representaciones sociales. Este ya ha sido objeto de reseñas o comentarios sobre tendencias y metodologías (J. P. Codol, 1979; R. Farr, 1977, 1979; C. Herzlich, 1972; J. Jaspars, 1979; D. Jodelet, 1982; P. Malrieu, 1977).

Su desarrollo permite aislar algunos sectores claves de aplicación: la comunicación social, la difusión y asimilación de los conocimientos (W. Ackermann, 1963, 1966; P. Roqueplo, 1974; B. Schiele, 1982; P. Vergès, 1982); el campo educativo (M. Gilly, 1980; M. Gorin, 1980; A. N. Perret-Clermont, 1976); la genética de las representaciones (H. Deschamps y W. Doise, 1975; M. J. Chombart de Lauwe, 1979); la formación en los grupos (R. Kaes, 1976; C. Vacheret, 1982); las concepciones de la salud física y mental, de la vida psíquica y biológica (R. Farr, 1981; C. Herzlich, 1969; D. Jodelet, 1982, 1984; A. Palmonari, 1982); la percepción y la utilización del espacio (P. E. Barjonet, 1980; D. Jodelet, 1982; S. Milgram y D. Jodelet, 1976; Pailhous, 1979), etc.

Estos diversos enfoques y estudios de los fenómenos representativos abordan la doble cuestión que se halla en la base de la teoría: ¿cómo interviene lo social en la elaboración psicológica que constituye la representación social?, ¿cómo interviene esta elaboración en lo social?

C. Construir lo real, encarnar el pensamiento

Al estudiar cómo penetra en la sociedad una ciencia, el psicoanálisis, S. Moscovici puso de manifiesto dos procesos principales que explican cómo lo social transforma un conocimiento en representación y cómo esta representación transforma lo social.

Estos dos procesos, la *objetivización* y el *anclaje*, se refieren a la elaboración y al funcionamiento de una representación social, pues muestran la interdependencia entre la actividad psicológica y sus condiciones sociales de ejercicio. Diversos autores (R. Kaes, 1968; C. Herzlich, 1972; P. Roqueplo, 1974; M. Gilly, 1980; U. Windish, 1982) han presentado estos procesos,

subrayando su pertinencia para el análisis de las representaciones y de los fenómenos socio-cognitivos. Además numerosas investigaciones han demostrado su alcance.

No obstante, su interés trasciende el hecho de que tenga un carácter de generalidad. La naturaleza del trabajo psicológico y social que ponen de manifiesto, las implicaciones que conllevan sus diversas modalidades los sitúan, junto con las representaciones sociales, en la base de toda una serie de operaciones mentales que explican el funcionamiento general del pensamiento social. Asimismo esclarecen una importante propiedad del saber: la integración de la novedad que aparece como una función básica de la representación social.

a. La objetivización: lo social en la representación

En este proceso, la intervención de lo social se traduce en *el agenciamiento y la forma* de los conocimientos relativos al objeto de una representación, articulándose con una característica del pensamiento social, la propiedad de hacer concreto lo abstracto, de materializar la palabra. De esta forma, la objetivización puede definirse como una operación formadora de imagen y estructurante.

1 / *El proceso de la objetivización.* — La representación permite intercambiar percepción y concepto. Al poner en imágenes las nociones abstractas, da una textura material a las ideas, hace corresponder cosas con palabras, da cuerpo a esquemas conceptuales. Procedimiento tanto más necesario en cuanto que, en el flujo de comunicaciones en que nos hallamos sumergidos, el conjunto demasiado abundante de nociones e ideas se polariza en estructuras materiales. «Objetivizar es reabsorber un exceso de significados materializándolos» (Moscovici, 1976).

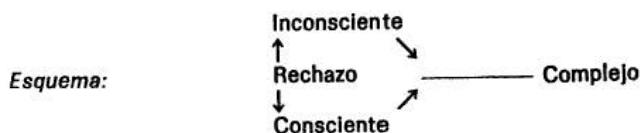
La experiencia cotidiana nos ayuda a ello y P. Roqueplo (1974) muestra su poder de inercia: el sentido común utiliza la noción de peso, de la que existe una evidencia sensible, para interpretar la noción de masa, concepto abstracto definido científicamente hace tres siglos y que forma parte de nuestro bagaje escolar y de nuestra cultura. De manera que la materialización de una noción de contornos poco precisos constituye un fenómeno común, como indican las representaciones de la enfermedad mental que hemos estudiado en un medio rural, donde los enfermos mentales son colocados, en libertad, en casa de los habitantes (D. Jodelet, 1984). Entre otras formulaciones de una teoría «ingenua» de la enfermedad mental, ciertas afecciones nerviosas se explican a través de un «shock», como puede ser «un temor de guerra», y ante un acceso de nerviosidad, se dirá: «Es el temor que tenía y que ha vuelto», o bien un «shock afectivo» y se dirá: «Su mujer lo ha

abandonado; es algo que le ha quedado en el cerebro y que se ha agriado». Para comprender y asimilar un conocimiento científico se desarrolla un proceso similar. Al ignorar las convenciones que fijan la relación entre el lenguaje científico y lo real, el público considera que el concepto constituye el indicador de un fenómeno atestado: el complejo de Edipo, cuando pasa al dominio público, ya no está relacionado con una relación entre padres e hijos o con su desplazamiento al nivel interpersonal, sino que se convierte en un signo visible, en un atributo de la persona.

Otro tanto sucede con la teoría psicoanalítica, a partir de la cual se constituye una visión del aparato psíquico. En el caso de un objeto complejo como es una teoría, la objetivización implica varias fases:

a) Selección y descontextualización de los elementos de la teoría. Las informaciones que circulan sobre el psicoanálisis serán objeto de una selección en función de criterios culturales (todos los grupos no tienen un igual acceso a las informaciones) y, sobre todo, en función de criterios normativos (tan sólo se retiene aquello que concuerda con el sistema ambiente de valores: las prohibiciones referentes a la sexualidad ocultan los elementos de la teoría relacionados con ella). Estas informaciones son separadas del campo científico al que pertenecen, del grupo de expertos que las ha concebido y son apropiadas por el público que, al proyectarlas como hechos de su propio universo, consigue dominarlas.

b) Formación de un «núcleo figurativo»: una estructura de imagen reproducirá de manera visible una estructura conceptual. Las nociones claves que configuran dimensiones existenciales, el «consciente» (que evoca la voluntad, lo aparente, lo realizable) y el «inconsciente» (que evoca lo involuntario, lo oculto, lo posible) son visualizados en el núcleo a través de su posición por encima y por debajo de una línea de tensión en la que se encarnan el conflicto, la contradicción en forma de presión represiva, el «rechazo» que da lugar al «complejo». De esta forma, los conceptos teóricos se constituyen en un conjunto gráfico y coherente que permite comprenderlos de forma individual y en sus relaciones. Pero asimismo permite transformar el aparato psíquico en una visión compatible con otras teorías o visiones del hombre. La ocultación de la sexualidad ha conllevado la eliminación, dentro de la reconstrucción esquemática, de un elemento, esencial en la teoría, la libido, directamente asociada a la sexualidad.



c) Naturalización: el modelo figurativo permitirá concretar, al coordinarlos, cada uno de los elementos que se transforman en seres de natura-

leza: «el inconsciente es inquieto», «los complejos son agresivos», «las partes conscientes e inconscientes del individuo se hallan en conflicto». Las figuras, elementos del pensamiento, se convierten en elementos de la realidad, referentes para el concepto. El modelo figurativo utilizado como si realmente demarcara fenómenos, adquiere un status de evidencia: una vez considerado como adquirido, integra los elementos de la ciencia en una realidad de sentido común.

Esta tendencia a dotar de realidad un esquema conceptual no es privativa del «sentido común». P. Roqueplo señala la tentación, sufrida por los propios científicos, de ontologizar los modelos que familiarizan el aspecto teórico de su saber. El modelo «cosista» del átomo ha llevado a los físicos a considerar que el electrón es «algo» que gira alrededor de «otra cosa», el núcleo.

2 / *Implicaciones del paradigma de la objetivización.* — Aunque aislado respecto a la representación de una teoría científica particular, el modelo de la objetivización en su triple carácter de: *construcción selectiva / esquematización estructurante / naturalización*, resulta tener una gran importancia. Por una parte, se lo puede generalizar a toda representación. El propio Roqueplo demostró de forma magistral que la vulgarización científica sigue, en tanto que proceso, las mismas fases que la objetivización. Por la otra, implica importantes prolongaciones desde el punto de vista de la lógica y del funcionamiento del pensamiento social.

a) Este modelo revela la tendencia del pensamiento social a proceder por medio de construcción «estilizada», gráfica y significativa. Así, C. Herzlich (1969) vuelve a encontrar un proceso similar acerca de las concepciones de la salud y la enfermedad, constituidas independientemente de los conocimientos médicos. Un esquema bipolar articula en oposición dos parejas, «individuo/salud» y «sociedad/enfermedad». Este esquema interviene en forma de núcleo figurativo para organizar las representaciones del origen de la enfermedad, de los estados y conductas de la enfermedad. Las diversas agresiones del modo de vida, planteadas como fuentes de la enfermedad, son asimiladas en un mismo significado: coacción de la sociedad sobre el individuo sano. Su carácter nocivo se encarna en la intoxicación, que es percibida como realidad tangible.

De manera similar, las representaciones del niño, aisladas por M. J. Chombart de Lauwe (1972) en un conjunto de documentos cinematográficos, literarios, publicitarios e institucionales, se estructuran en torno a un núcleo bipolar. Una serie de oposiciones elabora una imagen coherente y mitificada del niño, opuesto al adulto como lo auténtico se opone a lo inauténtico, la naturaleza a la sociedad, la vida espontánea al condicionamiento normativo, la comunicación directa con los seres y las cosas a las relaciones sociales faciticias, guiadas por el interés y el afán de lucro. En una serie de experiencias,

esta estructura gráfica se revela como el núcleo resistente y estable de las representaciones (Abric, 1982).

Al analizar la lógica natural que interviene en las actividades discursivas, J. B. Grize (1974) corrobora este proceso por medio de la noción de «esquemización». Una persona que se dirige a otra utiliza los signos de la lengua para «darle a ver» su representación en una «esquemización» compuesta por imágenes. Esta es construida en función de los objetivos perseguidos en la comunicación. Esta subordinación de la esquematización a una finalidad social nos conduce a otra importante implicación del proceso de objetivización.

b) Este aparece, con la evicción de la libido en el caso del psicoanálisis, como una construcción selectiva subordinada a un valor social. Un juego de enmascaramiento y de acentuación de los elementos que constituyen el objeto de la representación produce una visión de este objeto marcada por una distorsión signifiante. Dicho fenómeno está emparentado con lo que Piaget (1976) definió como «pensamiento socio-céntrico», por oposición al pensamiento técnico y científico: un conocimiento elaborado para servir a las necesidades, valores e intereses del grupo.

Este tipo de pensamiento cuyo funcionamiento evoca el de la ideología es ilustrado por el caso de la representación de la violación colectiva entre los educadores callejeros (P. Robert, T. Lambert y C. Faugeron, 1974). Estos últimos, ante tales actos que condenan y de los que son excluidos por los jóvenes que tienen a su cargo, entran en contradicción con su proyecto profesional consistente en identificarse con dichos jóvenes. Por ello construirán una imagen del acto delictivo que resulte compatible con su permanencia en el seno del grupo. Son puestas en práctica diversas modalidades de construcción: por ejemplo, se banalizará la violación colectiva ya sea escotomizando la violencia que conlleva, lo que reduce dicho acto a un caso de sexualidad colectiva, o bien escotomizando el acto sexual, lo que reduce la violencia a una forma común y aceptable.

Si se pasa de la sociedad general a grupos y situaciones socialmente definidos, el modelo de construcción o de reconstrucción de la realidad permite comprender la génesis de los contenidos representativos. La intervención de lo social como determinación interna de las operaciones de construcción de la representación puede especificarse derivando los procesos cognitivos moviliados por las condiciones normativas o de vital interés para la colectividad o el individuo. De esta forma, el estudio de M. Gilly (1980) sobre las representaciones que elaboran los maestros de sus alumnos revela que el juicio sobre los niños con quienes el maestro o el educador se halla en interacción constante, se estructura, más allá de la diversidad de las impresiones subjetivas y particulares, alrededor de un núcleo compuesto por dos tipos de cualidades (intelectuales y de relación) que corresponden a los imperativos ins-

titucionales que definen su función: enseñar, coordinar la vida colectiva de la clase.

c) Como ya hemos visto, la aparición del consciente y del inconsciente en tanto que términos del núcleo figurativo se debe a su resonancia existencial. Estos se hacen eco de una experiencia conflictiva íntima, en la que no están ausentes ni la dimensión imaginaria ni la dimensión mítica, con la imagen de una lucha entre «potencias» o «fuerzas antagónicas». De esta manera, ciertos elementos del fondo cultural presente en el universo mental de los individuos y los grupos pueden ser movilizados en la actividad de estructuración y destacar a título de referentes ideológicos o modelos culturales. Los estudios sobre las representaciones sociales del grupo han puesto de manifiesto de manera particular este proceso. Así, R. Kaes (1976) muestra que las representaciones sociales de grupos reales, grupos corporativos o grupos de diagnóstico, se estructuran en gran parte en torno a «organizadores socio-culturales». Estos son tomados de modelos que aparecen como modelos universales de la grupalidad (el modelo cristiano, con el grupo de los doce apóstoles; el modelo hebraico, con la Alianza de Dios con su pueblo; el modelo céltico, con los Caballeros de la Mesa Redonda) que proponen formas idealizadas, arquetípicas, de funcionamiento. C. Flament (1979) se ha consagrado a las representaciones de las relaciones sociales en el seno de un grupo. Un núcleo bipolar hace que coexistan relaciones que obedecen a un modelo funcional que las relaciona con las exigencias de una producción colectiva y relaciones que obedecen a un modelo igualitario y fraternal proveniente de la ideología política revolucionaria.

d) Por último, no es necesario demostrar la generalidad de la naturalización ni su importancia en contextos sociales reales. Ya se trate de relaciones étnicas, interraciales o intergrupales, o bien de juicios sociales, no faltan los ejemplos en que la imagen, la palabra bastan para inmovilizar al otro en un status de naturaleza. Esto es lo que produce la «biologización» de lo social cuando transforma diferenciaciones sociales en diferencias de ser. Esto puede producir las teorías sociales cuya triste lección nos ha enseñado la historia. Regresemos a las explicaciones de la enfermedad mental en nuestra comunidad rural donde viven los enfermos mentales. Lo que se denomina «desequilibrio nervioso» puede ser explicado de otra manera que por medio de un «shock» —que constituye así la clase de enfermedad más inquietante—, es decir, por medio de una degeneración de la sangre. Por ello, un africano cuya piel es negra será considerado menos peligroso, debido a que su sangre es más pura, que un magrebí, cuyo color de piel hace pensar en una sangre mezclada, es decir, en nervios más afectados. Entre los mecanismos de reconstrucción de la violación colectiva, los autores han destacado una cosificación de la víctima, en forma de «vaginalización»: en el discurso de los educadores, la víctima pierde todos los atributos de la feminidad, no teniendo otra existencia, para sí misma y para los demás, que a través de su vagina.

La estabilidad del núcleo figurativo, la materialización y la espacialización de sus elementos les confieren el status de marco e instrumento para orientar las percepciones y los juicios en una realidad construida de forma social. Y otorga sus herramientas al anclaje, segundo proceso de la representación social.

b. El anclaje: la representación en lo social

Este segundo proceso se refiere al enraizamiento social de la representación y de su objeto. En este caso, la intervención de lo social se traduce en el *significado* y la *utilidad* que les son conferidos. Al menos así son los dos aspectos que han retenido con mayor frecuencia la atención, debido a la función social de la representación que llevan aparejada.

Sin embargo, el anclaje implica otro aspecto, cuya gran importancia ha sido puesta de manifiesto por las recientes investigaciones en el campo de las representaciones y de los procesos cognitivos. Este aspecto se refiere a la *integración cognitiva* del objeto representado dentro del sistema de pensamiento preexistente y a las transformaciones derivadas de este sistema, tanto de una parte como de otra. Ya no se trata, como en el caso de la objetivización, de la constitución formal de un conocimiento, sino de su inserción orgánica dentro de un pensamiento constituido.

Más complejo y fundamental de lo que ha podido parecer, el proceso de anclaje, situado en una relación dialéctica con la objetivización, articula las tres funciones básicas de la representación: función cognitiva de integración de la novedad, función de interpretación de la realidad y función de orientación de las conductas y las relaciones sociales.

«Proteiforme», para utilizar una expresión de S. Moscovici, el proceso de anclaje se descompone en varias modalidades que permiten comprender: 1/ cómo se confiere el significado al objeto representado; 2/ cómo se utiliza la representación en tanto que sistema de interpretación del mundo social, marco e instrumento de conducta; 3/ cómo se opera su integración dentro de un sistema de recepción y la conversión de los elementos de este último relacionados con la representación.

1 / *El anclaje como asignación de sentido.* — La jerarquía de valores que se impone en la sociedad y sus diferentes grupos contribuye a crear, alrededor del psicoanálisis y su representación, una «red de significados» a través de la cual son situadas socialmente y evaluadas como hecho social. A lo largo de su penetración, el psicoanálisis se ha topado, en un contexto más o menos hostil, con diferentes corrientes de pensamiento (político, filosófico, religioso, etc.), que lo inscribirán en diversas perspectivas. Ya no es considerado como ciencia, sino como atributo de ciertos grupos (los ricos, las mu-

jeros, los intelectuales, etc.); expresa una relación entre los grupos sociales (se le asocia a la lucha de clases, al antagonismo franco-norteamericano, al modo de vida de los norteamericanos, etc.); encarna un sistema de valores o de contra-valores (fuente de libertad o fracaso de la voluntad, clave para la desviación o amenaza para la autonomía, etc.); incluso puede convertirse en emblema o signo de sexualidad o de una vida sexual liberada.

Este juego de significados externos tiene incidencia sobre las relaciones establecidas entre los diferentes elementos de la representación. Dependiendo de que un grupo sitúe la práctica analítica en una perspectiva política o científica, mostrará una tendencia a prestarle diferentes usuarios, por ejemplo, los ricos en el primer caso, los intelectuales en el segundo. Y evidentemente, esto dependerá a su vez del sistema de valores al que se adhiera este grupo. En este sentido se puede decir que el grupo expresa sus contornos y su identidad a través del sentido que confiere a su representación. Este aspecto del proceso de anclaje resulta importante desde el punto de vista del análisis teórico de una representación. Al poner de manifiesto un «principio de significado», provisto de apoyo social, se asegura la interdependencia de los elementos de una representación y constituye una indicación fecunda para tratar las relaciones existentes entre los contenidos de un campo de representación. Esta demostración permite aislar una de las articulaciones entre el aspecto procesal y el aspecto temático de las representaciones, y uno de los puntos de encuentro entre sus aspectos individual y social.

Para numerosos investigadores, este enraizamiento de la representación en la vida de los grupos constituye un rasgo esencial del fenómeno representativo, ya que explica sus lazos con una cultura o una sociedad determinadas.

2 / *El anclaje como instrumentalización del saber.* — Esta modalidad permite comprender cómo los elementos de la representación no sólo expresan relaciones sociales, sino que también contribuyen a constituir las. En el caso del psicoanálisis, esta modalidad transforma la ciencia en saber útil para todos, confiriéndole un valor funcional en la comprensión e interpretación de nosotros mismos y de aquellos que nos rodean. Alguno verá en el sonrojo y la cortedad, un complejo de timidez; otro, ejecutivo de profesión, atribuirá la agresividad de sus subordinados al hecho de que él encarna la imagen del padre.

Este proceso tiene lugar inmediatamente después de la objetivización. La estructura gráfica se convierte en guía de lectura y, a través de una «generalización funcional», en teoría de referencia para comprender la realidad. U. Windisch (1978), al estudiar discursos sostenidos por nacionalistas suizos xenófobos sobre un referéndum sobre la inmigración, deduce una argumentación basada en oposiciones como la existente entre suizos y extranjeros, y desviación y normalidad, que funcionan como auténticas entidades materiales inmutables: el izquierdista se opone al auténtico suizo porque es, al igual

que el extranjero, un desviado; el abstencionismo, posición desviada, se explica por la presencia de extranjeros, etc.

El sistema de interpretación tiene una función de mediación entre el individuo y su medio, así como entre los miembros de un mismo grupo. Capaz de resolver y expresar problemas comunes, transformado en código, en lenguaje común, este sistema servirá para clasificar a los individuos y los acontecimientos, para constituir tipos respecto a los cuales se evaluará o clasificará a los otros individuos y a los otros grupos. Se convierte en instrumento de referencia que permite comunicar en el mismo lenguaje y, por consiguiente, influenciar.

3 / *Anclaje y objetivización.* — La relación existente entre la cristalización de una representación en torno a un núcleo figurativo, por una parte, y un sistema de interpretación de la realidad y de orientación de los comportamientos, por la otra, queda perfectamente ilustrada en la relación establecida con los enfermos mentales por parte de los habitantes de la comunidad rural que hemos estudiado.

La observación de los enfermos y el bagaje de saberes y experiencias acumuladas por la tradición y transmitidas por la comunicación, hacen que se imponga en toda la comunidad una concepción que relaciona el estado del enfermo con la disfunción de un sistema tripartito, especie de teoría ingenua sobre la «estructura del organismo». En este sistema funcional, lo orgánico (que remite a la especie) está articulado a dos instancias independientes y antagónicas: el cerebro (que remite a lo social) y los nervios (que remiten a la naturaleza). El cerebro se caracteriza por su producción (la actividad mental cuyos niveles de desarrollo están estrechamente ligados al volumen de la masa encefálica, a su crecimiento con la edad y moldeados por el aprendizaje social), por una parte, y el control regulador que ejerce sobre el funcionamiento intelectual, orgánico y nervioso, por la otra. Los nervios también tienen producciones específicas (los humores, la violencia y la maldad) y una forma de regulación (automatismo y excitación) que se extiende a la vida orgánica activa y mental. De este modo, cerebro y nervios son objetivizados como realidades autónomas: la enfermedad «cae» sobre ellos, los «toma» y los «transforma», y a través de ellos se explicará un comportamiento o el hecho de estar enfermo: «a éste no le funciona el cerebro», «lo suyo son los nervios». La disfunción de este sistema reviste diversos grados y formas que repercuten en la vida vegetativa, activa y social. A dichas formas de disfunción corresponden diferentes tipos de enfermos, a los que se ajustan las prescripciones que regulan la interacción con ellos. Existe, en efecto, toda una gama de técnicas de influencia que permiten «adaptar» al enfermo al papel y al lugar que le son asignados. Estas técnicas son o bien técnicas de represión, penalización: «tomar por el miedo», o bien técnicas de incitación, recompensas: «tomar por la suavidad». En el interior

de cada grupo de técnicas, toda una graduación permite actuar dependiendo del estado atribuido al enfermo en tratamiento, tratándolo así como a un animal, un niño o un adulto. Además, si se piensa que los nervios «dominan» en una persona, no se utilizará la penalización directa: gruñir, «mostrar los dientes», o castigar, por miedo a una respuesta violenta o maligna; en cambio, se le privará de lo que le gusta o se le amenazará con recurrir a la institución hospitalaria. Cuando se considera que el cerebro de una persona es el único afectado, se osará dar a esta persona reprimendas, alzar la voz. La distribución de recompensas sigue el mismo modelo: dar una «suavidad» —pastelillo, postre, tabaco...— cuando el cerebro está poco desarrollado; halagar, complimentar, denotar su confianza cuando el «conocimiento» es mayor.

El enfoque de las representaciones sociales en el marco experimental ha demostrado ampliamente el lazo que existe entre el sistema de interpretación que éstas proporcionan y las conductas que guían. Abrieu (1976) ha dilucidado en particular los mecanismos que, desde este punto de vista, resultan del juego entre la objetivización y el anclaje en situaciones experimentales en las que se hace que los sujetos se comporten de manera cooperativa o competitiva según las representaciones inducidas por el experimentador.

La situación experimental a la que se enfrenta un sujeto moviliza un trabajo de apropiación cognitiva que permite comprenderla, anticipar lo que se producirá, preparar la interacción con el compañero y dar sentido al propio comportamiento. Todas las interpretaciones se organizan en función del núcleo central de la representación de la situación experimental. Este núcleo depende del objeto representado, de la relación que el sujeto mantiene con él y de la finalidad de la situación. En la situación estudiada, la representación se refiere al compañero con el que interactúa el sujeto por el intermediario del experimentador. Este compañero ficticio es representado ya sea como una persona o bien como una máquina. El núcleo de la representación se cristaliza en la noción de rigidez por lo que se refiere a la máquina y por la noción de flexibilidad adaptativa por lo que hace a la persona. En respuesta a un comportamiento que se mantiene idéntico, sea cual sea la imagen dada del compañero, el sujeto desarrollará interpretaciones y conductas diferentes, dependiendo de si piensa encontrarse ante una máquina o ante una persona. Estas conductas sólo serán reactivas ante la idea de flexibilidad o de rigidez.

Estos diferentes ejemplos muestran cómo operan estas estructuras significativas y gráficas de la representación. A menudo se plantea una pregunta a este respecto: ¿existen estos núcleos, estas imágenes, fuera de la reconstrucción que de ellos hace el investigador? Si no es así, se le podría tachar de mostrar una tendencia hacia la objetivización, a la realización de sus nociones. Conviene subrayar que las estructuras así obtenidas a menudo tienen valor de construcción hipotética y, sobre todo, que pretenden explicar un

funcionamiento del pensamiento. En los discursos o las respuestas que dan acceso a las representaciones, estos elementos intervienen efectivamente como organizadores de contenido y como operadores de sentido: con ellos lo que alcanzamos es un pensamiento en actos, pues hacen inteligible su funcionamiento. Por otra parte, son proporcionados por el lenguaje y funcionan como un lenguaje que sirve para codificar la realidad.

Por último hay que señalar que las tendencias más recientes de las investigaciones sobre la cognición, las imágenes y la epistemología ingenua convergen en afirmar la existencia, dentro del pensamiento, de dichas estructuras y de dichas imágenes. Para superar las insuficiencias de las teorías inspiradas por el conductismo, cada vez resulta más necesario hacer intervenir las representaciones como «teorías implícitas» que dan cuenta de operaciones de pensamiento en la interacción cotidiana con el mundo y, sobre todo, en la integración de la novedad: las representaciones desempeñarían el papel de sistemas generadores. Esto nos lleva a la tercera modalidad del proceso de anclaje.

4 / *El anclaje como enraizamiento en el sistema de pensamiento.* — Así como no surge de la nada, la representación no se inscribe sobre una tabla rasa, sino que siempre encuentra «algo que ya había sido pensado», latente o manifiesto. Los divulgadores científicos ya saben algo de ello, pues en ocasiones se topan con la inercia o la resistencia de esquemas, de sistemas de recepción que impiden la asimilación de nuevos conocimientos. S. Moscovici ha explorado las consecuencias de dicha fricción, mostrando cómo la divulgación del psicoanálisis era considerada una amenaza en la medida en que ponía en peligro el sistema de normas y de conocimiento de la colectividad.

A nivel individual, E. de Rosny (1981), jesuita que fue iniciado en el saber oculto por un curandero de Camerún, ha sido testigo de lo que representa un «shock» de este tipo, pues vivió como una lucha la integración de conocimientos que chocaban frontalmente con su visión cristiana, ya que dichos conocimientos consideran que la violencia mortal es benéfica y liberadora. Tuvo que operar una auténtica «conversión» para llegar a «ver» la violencia, es decir, para atreverse a considerarla en el mundo e interiorizarla como un hecho.

El contacto entre la novedad y el sistema de representación preexistente se halla en el origen de dos órdenes de fenómenos, opuestos de cierta manera, que dan a las representaciones una dualidad en ocasiones sorprendente. Esta dualidad consiste en ser tanto innovadoras como rígidas, tanto movientes como permanentes, y en ocasiones, en el seno de un mismo sistema. Fenómeno al que S. Moscovici se refiere con la hipótesis de la «polifasia cognitiva».

a) De cierta manera, la incorporación social de la novedad puede ser estimulada por el carácter creador y autónomo de la representación social. A medida que la representación del psicoanálisis se extiende en el campo

social, entra en contacto con otros sistemas de pensamiento, con otros marcos de interpretación. Estos, a su vez, se transformarán, como el propio psicoanálisis. Cuando se compara el psicoanálisis con la confesión, a fin de comprender lo que es la curación psicoanalítica, se deforma el psicoanálisis para integrarlo dentro de un universo conocido de referencia y, no obstante, la confesión también sufre una modificación semejante. S. Moscovici habla de «conversiones» de experiencias, de percepciones que conducirán a una nueva visión. Los conceptos analíticos operarán en tanto que categorías de lenguaje, introduciendo otro orden en el entorno y transformándose en instrumentos naturales de comprensión que hacen caducos a los otros. Una nueva disciplina se ha anclado en lo real, pero al hacerlo, ha trastornado el pensamiento. Las necesidades de la colectividad que la integra hacen de ella un instrumento que producirá sus efectos al convertir los marcos habituales de representación de la realidad y al cambiar el contenido de nuestras experiencias y de nuestras percepciones.

De esta forma, el cambio cultural puede incidir sobre los modelos de pensamiento y de conducta que modifican de manera profunda las experiencias por mediación de las representaciones. Como ya hemos mostrado respecto al cuerpo (D. Jodelet, 1982), la difusión de nuevas técnicas corporales y de nuevos modelos de pensamiento ha modificado profundamente la relación con el cuerpo y las categorías a partir de las cuales lo representamos. En una experiencia natural que ha permitido comparar diversos discursos sobre el cuerpo con quince años de intervalo, se ha visto que la experiencia corporal se ha ido ampliando, orientándose hacia diferentes direcciones: la relación distante es sustituida por un enfoque vivencial y los mensajes mórbidos y funcionales pierden importancia en comparación con las experiencias dinámicas y placenteras. Su conocimiento también se modifica, un desinterés por el cuerpo biológico en favor de un cuerpo lugar de placer conduce a abandonar un enfoque científico biológico. Actualmente se conoce menos el organismo. Se olvidan los sistemas funcionales y los órganos internos ante las partes externas del cuerpo a través de las cuales éste se hace notar y entra en contacto con el exterior. Las representaciones adquieren autonomía y realizan un trabajo en los modos colectivos de pensamiento. ¿No es ese fenómeno al que se refería Durkheim (1895) cuando proponía que la psicología social estudiase «de qué manera las representaciones se interpelan, se excluyen, se fusionan o se distinguen entre sí»?

b) Desde otra perspectiva, la «familiarización de lo extraño», junto al anclaje, hará prevalecer los antiguos marcos de pensamiento, alineándolo en lo ya conocido (S. Moscovici, 1981). Esta modalidad de pensamiento caracterizada por la memoria y el predominio de posiciones establecidas, subsuma y pone en práctica mecanismos generales como la clasificación, la categorización, el etiquetaje, la denominación y procedimientos de explicación que obedecen a una lógica específica. Comprender algo nuevo es hacerlo propio

y también explicarlo. El sistema de representación proporciona los marcos, las señales a través de las que el anclaje clasificará dentro de lo familiar y explicará de una forma familiar.

Hacer propio algo nuevo es aproximararlo a lo que ya conocemos, calificándolo con las palabras de nuestro lenguaje. Pero nombrar, comparar, asimilar o clasificar supone siempre un juicio que revela algo de la teoría que uno se hace del objeto clasificado. En la base de toda categorización, un sustrato representativo sirve de presuposición.

En la comunidad rural donde son acogidos los enfermos mentales aún se utiliza una designación antigua y vernacular del loco: el *bredin*. Esta costumbre se reserva específicamente para expresar una diferenciación social cuando se desea oponer el grupo de enfermos al grupo de acogida, es decir, los civiles. Esta categoría se diversifica en cinco tipos: el «inocente» (cuyo cerebro no se ha desarrollado), el «chiflado» (que corresponde a un trastorno puramente cerebral y, por ende, poco peligroso), el «loco mental» (en quien no se nota ningún signo visible de locura, pero cuya mirada y comportamiento «solapados» indican una maldad imputable a los nervios), el «chaval de loquera» (también sin signo visible, pero con una marcada desviación y una maldad imputada a los nervios). Sobre la base de la teoría implícita se ha constituido una construcción de «tipos» que permite clasificar a cualquier recién llegado.

Este tipo de clasificación en relación con un prototipo nunca es neutra. Ofrece una matriz icónica de rasgos en referencia a los cuales el nuevo objeto es situado en relación positiva o negativa. Al permitir una rápida evaluación de las informaciones disponibles, el anclaje autoriza así conclusiones rápidas sobre la conformidad y la desviación respecto al modelo. Procede por un razonamiento en el que la conclusión ha sido planteada de antemano y ofrece al objeto clasificado una matriz de identidad en la cual pueda quedar fijo.

Este sistema de clasificación presupone una base de representación compartida colectivamente, referente a lo que debe incluirse en una clase determinada. Las propias categorías son establecidas socialmente. En un estudio de L. Boltanski (1981), varios sujetos deben clasificar diferentes fichas de filiación en grupos correspondientes a categorías socioprofesionales. La clasificación es llevada a cabo en función de un tipo de profesión privilegiada que encarna, por razones históricas o sociales, la categoría profesional en cuestión.

Los prototipos que orientan las clasificaciones no sólo tienen propiedades taxonómicas, sino que corresponden a expectativas y coacciones que definen los comportamientos adoptados. La interacción con ellos se desarrolla de tal forma que confirman los caracteres que se les atribuyen. De esta forma, el anclaje garantiza la relación entre la función cognitiva básica de la representación y su función social. Además, proporcionará a la objetivización sus ele-

mentos gráficos, en forma de preconstrucciones, a fin de elaborar nuevas representaciones.

El estudio de M. J. Chombart de Lauwe sobre el niño ofrece un buen ejemplo de esta última dialéctica. El status social (no activo) del niño le hace caer, habida cuenta de la ideología de nuestras sociedades, en el grupo de los dominados, categorizándolo como tal (dotado, pero en menor medida, de los atributos del grupo dominante o de los atributos opuestos). Esta categorización constituye la base de la construcción de la representación, estructurada según un esquema bipolar que ya hemos visto con anterioridad. Ese esquema cristaliza una visión mitificada del niño que provocará prácticas sociales y propondrá al niño un modelo al que éste se somete.

Como ya hemos dicho, comprender es también explicar. La búsqueda de causalidad es un importante aspecto lógico del pensamiento social. Ante un nuevo acontecimiento o un nuevo objeto sobre el que no disponemos de conocimiento alguno, explicar mediante una causalidad es una manera de representárselo. Pero esta explicación no se hace únicamente en base a las informaciones y observaciones de que disponemos: no procedemos tan sólo por inferencia, sino también por deducción.

Por esta razón, S. Moscovici (1982, 1983) hace que coexistan, dentro de la manera de pensar la realidad cotidiana, dos tipos de causalidad: la causalidad por atribución, eficiente, atribución de una causa a un efecto, como en el procedimiento científico, y la causalidad por imputación, que busca las intenciones que hay detrás de los actos, el por qué de su finalidad. Es este último tipo de causalidad el que es movilizado cuando un acto no concuerda con las representaciones de quien lo observa. Este observador buscará la intención y el anclaje servirá para encontrar su sentido, definiendo la categoría a la que pertenece. En el pensamiento social a menudo se produce un deslizamiento de un tipo de causalidad al otro y una transformación de la intención en causa o una transformación de la causa en intención. En el campo de la vida y las relaciones sociales, este funcionamiento produce efectos semejantes al fenómeno del chivo expiatorio o la teoría del complot, en historia (M. Billig, 1978).

Los procesos de juicio en que las representaciones preestablecidas definen la naturaleza de la causa que se desea descubrir ponen en duda la generalidad de la teoría de la atribución en psicología social, o los pretendidos «sesgos» que las teorías de la cognición descubren en el pensamiento de sentido común al referirlo al pensamiento científico. Sobre todo el sesgo denominado de «personalismo» que expresaría una tendencia general consistente en ver en el sujeto y no en las circunstancias exteriores la causa de los acontecimientos que le suceden. Ahora bien, diversos trabajos muestran que, por una parte, existen explicaciones diferentes según los grupos sociales y que, por la otra, la explicación a través de una causalidad personal es específica de las opciones ideológicas propias de ciertos grupos (U. Windisch, 1982) o depende de

la representación que se tiene de la sociedad y del hombre. Dichas representaciones subtienden, en un estudio sobre la representación de la justicia, todas las posiciones acerca de la responsabilidad de los actos delictivos y el papel del sistema penal. Por otra parte, en nuestras sociedades, la ideología dominante, nuestras mismas leyes, elaboran un modelo de la sociedad donde se sobrevalúa el papel del individuo. Dichas representaciones se ofrecen a modo de premisas de las que no hacemos sino sacar las conclusiones lógicas. Los juicios de causalidad que resultan de ellas quizá sean erróneos respecto a los datos objetivos —como muestra P. E. Barjonet (1980) acerca de la responsabilidad de los conductores en los accidentes de tráfico—, pero no demuestran en modo alguno la existencia de «sesgos» inherentes a toda forma de pensamiento natural o ingenuo.

D. Conclusión

Al aislar los mecanismos socio-cognitivos que intervienen en el pensamiento social, el estudio de las representaciones sociales ofrece una poderosa alternativa de los modelos de la cognición social. Su alcance en psicología social no se detiene ahí, ya que debido a los lazos que las unen al lenguaje, al universo de lo ideológico, de lo simbólico y de lo imaginario social y debido a su papel dentro de la orientación de las conductas y de las prácticas sociales, las representaciones sociales constituyen objetos cuyo estudio devuelve a esta disciplina sus dimensiones históricas, sociales y culturales. Su teoría debería permitir unificar el enfoque de toda una serie de problemas situados en la intersección de la psicología con otras ciencias sociales.